

RAMÓN ACÍN

SIEMPRE
QUEDARÁ
PARÍS

Ilustración sobrecubierta:
Archivo Serrano. Hemeroteca Municipal de Sevilla

Primera edición: octubre 2005

© Ramón Acín, 2005
© Algaida Editores, 2005
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 84-8433-113-X
Depósito legal: M-35814-2005
Impresión: Huertas, A. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

1970..... 11

JUGAR SIN CARTAS (LA INVASIÓN)

1. Pirineos, Pirineos 17

2. Volver a empezar..... 39

3. El desencanto 65

AÑOS DE FURIA (1948-1949)

1. El principio del fin 95

2. Adiós a las armas 115

EL RESCOLDO (1960)

1. Secretos del corazón (Luisa, Elvira y su hijo) 147

2. El retorno del guerrero 171

3. El río que nos lleva (Montes regresa) 179

*Para Carmen, Raúl y Natalia —como
siempre y por lo de siempre—.*

*A la memoria de quienes vivieron
algunas historias aquí fantaseadas
y de quienes me las contaron.*

*A la esperanza de Richard Blaine
(Humphrey Bogart) en Casablanca*

1970

SE DESPERTÓ DEMASIADO TEMPRANO. EL DÍA NI TAN siquiera clareaba por el este. Había pasado gran parte de la noche intranquilo, dando cabezadas de tanto en tanto. Sin conciliar a fondo el sueño que, en cambio, sí se le llenó de pesadillas. El silencio le atronaba. En la pardina no quedaban resto de vida. Él era el único vestigio. Por poco tiempo.

La tarde anterior, el tratante de ganado se había llevado los dos caballos y él mismo le había descerrajado con la escopeta de caza un par de tiros a Canelo, junto al barranco. Le apuntó a la cabeza, aguantando su mirada. Le pareció que el perro intuía su muerte y, por tanto, que le imploraba clemencia. No podía ser. Prefirió cargar con el reconcomio de esa aniquilación antes que abandonarlo a su suerte. Canelo estaba demasiado hecho a la familia para que, tras el abandono, pudiera asilvestrarse y sobrevivir. A continuación lo había enterrado, bajo el roble. Como uno más de la familia.

La suma de túmulos, al finalizar el enterramiento del perro, le dio la sensación de un verdadero cementerio. Aunque no fuera tierra sagrada, para él sí lo era. Allí yacía también parte de su existencia.

Desde la ventana auscultó la noche que ya languidecía. A pesar de la oscuridad colocó en su sitio los edificios, el barranco, los campos, el bosque y Las Peñas. Leía el paisaje como lo hacen algunos ciegos: dando precisión y color a lo que no se ve. El mapa de la pardina y sus aledaños lo llevaba grabado a fuego en sus entrañas. Por la querencia y el hermanamiento con la tierra. Allí, salvo un interregno de tiempo que no deseaba recordar, había transcurrido su vida. Y la de los suyos. Era su mundo. El mundo que pronto iba a abandonar y que, sin él presente, acabaría muriendo, lentamente.

Se vistió con parsimonia, mientras miraba cada ángulo de la alcoba. Necesitaba sentir esa morosidad. Quizá porque se estaba vistiendo allí por última vez. En cualquier parte encontraba posado un recuerdo que tiraba de él con fuerza, sujetándole al pasado. Pero todo estaba ya preparado. La maleta le esperaba en el zaguán desde la noche anterior. Y el bocadillo, envuelto en papel de estraza, le aguardaba también en la cocina.

Giró la llave y la Casa quedó cerrada. En silencio. Y con ella, también dejó a oscuras la vida que la pardina había alimentado y acumulado durante generaciones. Eso fue lo primero que pensó el hijo de Elvira. Que él aniquilaba toda esa vida.

En su interior anidó la tribulación, pero no le quedaba otra salida. Permanecer en la pardina, solo, viendo como pasaban los días no tenía sentido. Aún era joven para encauzar su existencia en otra dirección. Con más alegría. Con alguien a su lado. De su edad.

Inició la marcha hacia Aínsa con la resolución de no volver la vista. Hacerlo le partiría aún más el corazón. O le sucedería como a la mujer de Lot de la Biblia porque, sin duda, podía acabar convertido en paisaje. Sabía que la Casa, sin su presencia, era un auténtico féretro. Era la sepultura que, por un tiem-

po, aún permitiría imaginar la vida humana y atisbar presencias de su recuerdo. Sin desearlo sus ojos se posaron en el roble, el símbolo de la pardina y de la presencia de la estirpe.

El hijo de Elvira no pudo contener la angustia. Bajo su protectora sombra abandonaba a los suyos. Los túmulos emergían como engrosando parte de las raíces del roble. Con un verde más oscuro que el resto de la hierba que cubría el prado. Solo la tumba reciente del perro era de color ocre.

Contó: Papá, Mamá, Luisa, Villacampa y Canelo, el perro.

Estaban todos. Los dejaba allí al amparo de los manes familiares de antaño que se encarnaban en el viejo roble. Hasta el día en que él, tal vez, volviese de visita. Recordó sus inscripciones. Las había labrado sobre tablas de pino. Con la navaja, muesca tras muesca. Dando rienda suelta a su dolor:

PAPÁ

(AUNQUE TUVE QUE CREARTE, TE QUISE Y QUERRÉ SIEMPRE).

MAMÁ

(SONREÍAS PARA OCULTARME LAS LÁGRIMAS).

VILLACAMPA

(LAS IDEAS NO ENVEJECEN MÁS DEPRISA QUE LOS HOMBRES).

LUISA

(ME ENSEÑASTE QUE LA ALEGRÍA ESTÁ EN EL FONDO DE TODAS LAS COSAS).

CANELO

(PERDONA, AMIGO).

